



DOCUMENTOS 19 Y 20

Testimonios de la muerte de Belisario Domínguez

Declaraciones de Francisco Chávez, inspector de policía en el gobierno huertista, acerca de cómo fue asesinado el Senador Belisario Domínguez, publicadas en *El Demócrata* (“Temerariamente el Senador don Belisario Domínguez se entregó en manos de sus victimarios” [fragmento]), 26 de octubre de 1921, y *Mañana* (“Pancho Chávez relata cómo fueron muertos el Diputado Rendón y Belisario Domínguez. Interesantes documentos enviados a *Mañana* por el doctor Urrutia”), 24 de mayo de 1947.

Temerariamente el Senador don Belisario Domínguez se entregó en manos de sus victimarios (fragmento)

“Asunto Belisario Domínguez. En pocas palabras voy a explicar a usted cómo estuvo el asesinato del señor Senador Belisario Domínguez.

“Era yo en aquel entonces Inspector General de Policía y me ordenó el general Huerta que vigilara a dicho senador, pues había pronunciado horas antes un discurso viril y patriótico en la Cámara y dádole propaganda por medio de numerosas copias que se hicieron en máquina.

Orden de vigilar al Senador

“Cumplimentando esta orden superior del general Huerta, se le empezó a vigilar por medio de un agente de policía, español de origen y de apellido Clara; esta vigilancia duró algunos días. Mas una noche se me presentó el Jefe de la Policía Reservada, Gabriel Huerta, diciéndome que ordenaba Victoriano se fusilara al Senador Domínguez esa misma noche; a lo que contesté que si a él se lo había ordenado cumpliera con tal misión y que se sujetara a las consecuencias, pues que yo no hacía nada.

“Entonces me contestó Huerta que iba a ver a Quiroz, yerno de Huerta, general de brigada, jefe de la gendarmería de a pie, director de la Penitenciaría y diputado al Congreso de la Unión. Debo advertir a usted que estos dos individuos eran mis subalternos, pero tenían la prerrogativa de acordar directamente con el general Huerta, con el Gobernador del Distrito y con el Ministro de Gobernación, por lo cual me hacían a un lado por desconfianza.

Cómo narró el crimen Gilberto Márquez

“Dos días después de estos acontecimientos se me presentó el segundo jefe de la Policía Reservada, Gilberto Márquez, diciéndome que quería hablar reservadamente conmigo y habiéndolo invitado a comer a mi casa, allí me refirió la forma en que habían asesinado al Senador Domínguez.

“Díjome que había ido al Hotel del Jardín, acompañado de cuatro agentes de la reservada con objeto de aprehender a dicho senador; que

habían llamado en un cuarto que no era el de don Belisario, y que entonces salió éste y dijo:

—Señores, parece que están equivocados. Ustedes buscan al Senador Domínguez, yo soy y estoy a su disposición.

A lo que respondió Márquez:

—Le habla a usted el señor general.

—¿Qué general? ¿El general Huerta? Pues dígame usted que yo no quiero hablar con ese bandolero.

—No, señor, contestó el segundo Jefe de la Reservada; quien desea hablarle es el general Quiroz.

—Menos quiero tratar con ese mequetrefe, pero estoy a la disposición de ustedes, aunque sé que me van a matar. A ustedes los perdono, cumplan con su deber; pues que si cien vidas tuviera para el triunfo de mi causa, con todo placer las daría. Vamos.

“Entonces salieron a la calle y condujeron a Domínguez a donde estaban los generales Quiroz y Gabriel Huerta; el primero de ellos está en la actualidad radicado en La Habana, y el segundo en Honduras.

“Se fueron por la Calzada de Tlalpan los dos automóviles: en uno iban Márquez, don Belisario Domínguez y cuatro agentes, llegando poco después al Hospicio de Pobres. Allí bajaron al Senador y lo pasaron al automóvil de Quiroz y Huerta, donde estos individuos lo abofetearon y bañaron en sangre, llegando pocos momentos después a Coyoacán, donde tenían un comandante de policía llamado Olvera y compadre de Gabriel Huerta, que era de toda su confianza.

“Aquí le quemaron la ropa con el petróleo contenido en una botella que llevaban. Registraron minuciosamente sus bolsillos, y repartieron las monedas que encontraron a los agentes que tomaron participación en el asunto; habiéndoles dado también cuatro días de licencia para que se pasearan, pero con la consigna de que: cuidado si me iban a decir algo a mí.”

26 de octubre de 1921.

Pancho Chávez relata cómo fueron muertos el diputado Rendón y Belisario Domínguez

Me consta, dice el famoso policía de Huerta, que el día 14 de septiembre, casi dos meses antes de estos sucesos, el Dr. Urrutia había presentado su renuncia como Srío. de Gobernación. Me consta que desde ese día nada tuvo que ver con la política, ni injerencia en cosa ninguna, ni conocimiento el más leve de estos sucesos.

El relato espeluznante de cómo fueron asesinados por los esbirros del huertismo, el Senador Belisario Domínguez y el Diputado Serapio Rendón, fue hecho por el policía Francisco Chávez, inspector de policía en aquella época, al licenciado Manuel Múzquiz Blanco, en 1920.

La narración de Pancho Chávez es parte de sus “Memorias”, dictadas personalmente al señor Múzquiz Blanco, en San Antonio Texas, cuando ambos decidieron, en el destierro, editar un libro con los relatos del policía.

En cinco fojas de facsímil, el doctor Aureliano Urrutia, secretario de Gobernación en el Gabinete de Huerta, acaba de enviar a *Mañana*, desde San Antonio, el relato de Pancho Chávez, tratando de presentar una prueba de que él, Urrutia, no pertenecía ya al Gabinete, ni tenía ninguna conexión con el Gobierno, cuando ocurrió el asesinato de Belisario Domínguez.

La narración de Chávez es la siguiente:

Era inspector de policía cuando se desarrollaron los sucesos que culminaron en la muerte del Senador Belisario Domínguez.

Me consta que el Senador Domínguez pronunció un enérgico discurso contra el Presidente Huerta, que contestó el Lic. De la Barra, y que después él mismo hizo circular escrito en máquina.

Que el discurso era violento.

El general Huerta me mandó llamar, ordenándome se sometiera al Senador Domínguez a estrecha vigilancia, y encargué de tal vigilancia a un agente de policía, español y fotógrafo, de apellido Ziara, quien lo seguía a todas partes.

Ese español me rindió parte diario de la vigilancia contra el Senador Domínguez, partes que expedientaba, durante quince o veinte días.

Una noche —no recuerdo la fecha— al llegar a la Inspección General de Policía, como a las siete, Gabriel Huerta, jefe de la Policía Reservada me comunicó que Huerta me había mandado llamar para ordenarme se diera muerte al Senador Domínguez; que no encontrándome en la Inspección, él, Gabriel Huerta, había acudido al llamado y recibido la orden, la cual me transmitía.

Yo entonces declaré que no la obedecería, ni cargaría con las consecuencias de hecho semejante.

Entonces, Gabriel Huerta me dijo que se iría en busca del general Alberto Quiroz, jefe de gendarmería de a pie, diputado y director de la Penitenciaría, con quien yo estaba en malas relaciones.

Esa misma noche, a las once y media, dos automóviles llegaron a las puertas del Hotel del Jardín, donde se hospedaba el Senador Domínguez. En un automóvil, iban Gabriel Huerta y Alberto Quiroz; en el otro, Gilberto Márquez, segundo jefe de la Reservada, y un grupo de agentes de la Secreta. Por relato que me hizo Márquez al día siguiente, sé lo que a continuación declaro:

Que penetraron al hotel en busca del Senador Domínguez, que cuando llamaban a un cuarto que no era el suyo, él se les presentó diciendo quién era y poniéndose a sus ordenes. Declaró saber que le iban a dar muerte, dijo perdonarlos, y escribió una carta para un hijo ausente.

Que en el automóvil de Márquez y los Agentes, fue conducido rumbo á Coyoacán por la Calzada de Tlalpan. Que al llegar frente al Hospicio de Pobres se detuvieron los automóviles y el Senador Domínguez

fué trasladado al de Quiroz y Huerta, y continuó la marcha. Que fué llevado al panteón de Coyoacán; que a la llegada, Quiroz abofeteó al Senador Domínguez, y luego le disparó un tiro en la cabeza; que tras él dispararon los agentes. Que ahí sepultaron el cadáver y quemaron las ropas con gasolina. Que Quiroz repartió entre los agentes, el dinero que llevaba en los bolsillos el Senador Domínguez.

Me consta que el día 14 de septiembre —casi dos meses antes de estos sucesos— el Dr. Urrutia había presentado su renuncia como secretario de *Gobernación*.

Me consta que desde ese día nada tuvo que ver con la política, ni injerencia en cosa ninguna, ni conocimiento el más leve de estos sucesos.

Que la orden dimanó directa y personalmente del general Huerta, y que salvando todos los conductos, la ejecutaron las personas que cito en la forma que dejo dicha.

A raíz del cuartelazo, el Lic. Serapio Rendón huyó rumbo a La Habana, acompañado de los diputados Jesús Urueta y Sánchez Azcona, aprehendidos en Puebla.

Sin embargo, poco después, y tras circunstancias e incidentes que ignoro, Rendón volvió a México, y aun estuvo en tratos de reconciliación y acuerdo, con el gobierno del general Huerta.

En éstos no se llegó a nada efectivo, y Rendón llegó a transformarse en enemigo reconocido y activo del *Gobierno*.

En la Casa del Obrero Mundial, centro reconocido de antigobiernistas, Rendón daba frecuentes conferencias y celebraba reuniones frecuentes. En estas reuniones, según se supo, se había formado un plan, el cual iba ser llevado a la realización, para asesinar a los generales Huerta, Blanquet y Félix Díaz, volando sus casas con bombas de dinamita.

El encargado de asesinar al general Huerta, era un individuo de apellido Huitrón; otro, de apellido Méndez, era el encargado de matar al general Blanquet, y otro más, apellidado Ocampo, de matar al general Díaz.

Se sabía que el Lic. Serapio Rendón, era el jefe de aquella conspiración, y se le vigilaba.

Nosotros habíamos logrado introducir a la Casa del Obrero Mundial, a un maestro de escuela de Coyoacán, taquígrafo que nos llevaba notas taquígráficas completas de lo que Rendón y sus socios hablaban en tales reuniones.

Una noche, llegó Felipe Fortuño Miramón a la Inspección General de Policía, y subió a hablar con el Inspector, coronel Pita. A poco de encontrarse en el despacho del Inspector, una llamada del timbre me indicó que el coronel Pita me llamaba, y subí a verle.

Hizo mi presentación con Fortuño Miramón —quien declaró conocerme ya— y pocos minutos después, recibió una llamada telefónica por la línea directa de la Secretaría de Guerra.

El señor general Blanquet, nos dijo, quiere que los tres vayamos inmediatamente a hablar con él.

En un automóvil nos trasladamos los tres a la Secretaría, y ahí el Ministro de la Guerra dió personalmente la orden al coronel Pita, para que verificáramos la aprehensión del Lic. Rendón, a quien deberíamos entregar al Sr. Fortuño Miramón, “quien ya tenía instrucciones”.

Fortuño Miramón, había llegado a la Inspección acompañado de seis rurales de los de su cuerpo de Tlalnepantía, que en la Inspección quedaron.

A nuestro regreso, salimos en un automóvil, con dirección a la casa del Lic. Rendón, en la calle de La Industria, el Inspector Pita, el coronel Fortuño Miramón y yo. En otro automóvil, el segundo jefe de la Reservada, Gilberto Márquez y cuatro agentes.

Se ordenó a Márquez que distribuyera sus agentes frente a la casa de Rendón, y que verificara la aprehensión cuando éste llegara. Nosotros debíamos regresar a la una de la mañana: si no lo encontrábamos ahí era señal de que la aprehensión se había verificado.

Cuando a la una regresamos, no encontramos ya ni a Márquez ni a sus agentes. Nos encaminamos a la Inspección General, y ahí el Se-

gundo Jefe de la Reservada, nos dió cuenta de la aprehensión, y de que ahí estaba ya el Lic. Rendón.

Cuando el Lic. Rendón había llegado a su casa, uno de los agentes se le había acercado, diciéndole que el coronel Fortuño Miramón, que estaba en un automóvil, a la vuelta de la esquina, deseaba hablarle. Rendón fué hacia el automóvil, seguido de los agentes, y cuando se dió cuenta de que quien estaba ahí no era Miramón, sino Márquez, quiso huir y gritó. Entonces uno de los agentes le envolvió la cabeza con el saco, lo introdujo al automóvil, y así se le condujo a la Inspección General de Policía.

Fortuño Miramón y el Inspector Pita, ordenaron entonces a Márquez, que el reo fuera conducido a Tlalnepantla, al cuartel 21 de Rurales, donde debía ser entregado al Mayor del cuerpo, sin pedirle recibo.

Fortuño Miramón, según supe a los pocos días, se había encargado de darle muerte. El mismo me mostró una cartera ensangrentada que había pertenecido a Rendón y unos retratos que en sus bolsillos habían encontrado. Más tarde —como dos meses después— camino de San Luis Potosí, el mismo Mayor del cuerpo de Rurales de Tlalnepantla, que había recibido a Rendón, trató de matar a Fortuño Miramón a bordo de un tren militar. Se trabó una riña, en la que el dicho mayor resultó muerto, y Fortuño Miramón gravemente herido.

24 de mayo de 1947.